A la señorita Herman} la prometemos publicar su retrato.

Y ya saben ambos dónde tienen su casa para cuando quieran visitarnos. Nosotros, que somos discretitos, les dejaremos solos de vez en cuando.

ESPECTÁCULOS RECOMENDABLES

Ausentes de Madrid estos dias todas ó casi todas las respetables damas, compañeras de nuestros políticos, éstos andan «fuera de sí» —valga la metáfora—, y apenas anochece se echan á correr mundo y á ver caras bonitas y «todo lo que caiga», y cuando no están en el Trianon-Palace están, de fijo, en el Teatro Nuevo.

En el Trianon contemplan á La Goya, que vale por sí sola un mundo. En el Nuevo...

La sala está perfectamente acondicionada con multitud de ventiladores, que hacen en extremo agradable la temperatura; los precios son baratos, y en el cuadro artistico que allí actúa, compuesto por muchachas jóvenes y bonitas, hay caras ideales, como la de Amalia Bergasses, y caras y cuerpecitos tan gentiles y tan retrecheros como Soledad Ferny, «divette», artista de verdad, que tiene voz, que tiene intención, que tiene gracia, que tiene juventud y que tiene, además, la condición de volver «chanelas» á los espectadores, ministros unas veces y modestísimos mortales otras... Que de todo «cae».

¡MUY BIEN, MARQUÉS!

El ex ministro conservador señor marqués de Figueroa, conocido en el mundo político por el remoquete de «La tonta de la pandereta», el mártes último, en que cumplía sesenta y siete años, contrajo matrimonio con una linda señorita que apenas tiene veinte.

Nos parece muy bien esa boda, ¡qué demonio! Y hacemos votos porque el señor marqués sea un buen marido.

Imprenta San Bernardo, 92, Madrid.



LIBRO INTERESANTE

HIGIENE DE LA MUJER

ARTE DE SER BELLA

POR LA CONDESA DE

VISALROVEVI

3 pesetas en las oficinas de LA MODA PRACTICA, Marqués de Cubas, núm. 7. Madrid.

A LOS ENFERMOS

del **pecho, sífilis, venéreo** y **garganta,** les conviene fumar lo menos posible y esto podrán conseguirlo tomando las pastillas del **Doctor Laboschin.**

Medicamento recomendado por varias eminencias médicas.

DOS PESETAS CAJA en buenas Farmacias.

LA HOJA DE PARRA

REVISTA FESTIVA * * *

* APARECE LOS SÁBADOS

COLABORACIÓN DE LOS MÁS ILUSTRES ESCRITORES Y DIBUJANTES

Número suelto, CINCO *céntimos.—Suscripción en provincias, 1,50 pesetas trimestre.*

Oficinas: MÉNDEZ ÁLVARO, 2, PRIMERO.—**Apartado de Correos 547, MADRID**

En Barcelona: Kiosko «EL SOL», Rambla de las Flores

(FRENTE A PUERTAFERRISA)

AÑO I. Madrid, 29 de Julio de 1911. NÚM. 13.



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.
B. PÉREZ GALDÓS
La novela en el tranvía.
J. ALCAIDE DE ZAFRA
Sueño.
JACINTO BENAVENTE
Murmullos de la playa.
JUAN PÉREZ ZÚÑIGA
Pepito Canseco.
ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO
Filosofía de la danza del vientre.
EL CONFESONARIO
Artículos de ANGELITA EASO y SALERI
GONZALO CANTÓ
Soneto.
LUIS BELLO
La pendiente.
ALFREDO NAN
El sombrero.
CHISMES DE LA SEMANA, etc.
TOVAR, CYRANO, RAMÍREZ y ALFONSO
Caricaturas y retratos de Soledad Ferny, Paca Ross, Angelita Easo, Felipe Trigo, Saleri. Desnudos de nuestras artistas y otros dibujos.

5 cénts.



SOLEDAD FERNY

Hermosa «divette», que «se las trae» como artista y como mujer.



Carta que escribe su novia á un lechero de Segovia.

«Me da muchísima pena
ver con las que ahora te vienes.
¡El Cielo te vuelva buena
la mala leche que tienes!
Yo no sé por qué te quiero,
porque ninguna mujer
como yo debe tener
amores con un lechero.
Mi tía, que ya lo sabe,
me ha dicho: «¡Que te aproveche!»
Y mi tío, con voz grave,
prosiguió: «Jesús, qué leche!
»¡Qué leche tendrá ese *socio*
que todo aquel que la cata
tiene que estirar la pata!
¡Vas á hacer el gran negocio
como te cases con él!
»Te compadezco, hija mía.»
Y con esta frase cruel
remachó el clavo mi tía:
«Para mí que va á ser poca
leche la que déis los dos;
pero, en fin; ¡anda con Dios,
ya que estás por él tan loca!»
Y, sin embargo, ¡qué quieres!
tanto es lo que yo te quiero
—precisamente porque eres
un grandísimo lechero—,
que, aunque mi tía no deja
de decir: «¡Que te aproveche!»,
mi fantasía no ceja
de suspirar por tu leche.
Y aunque mi tío se empeña
en secundar á mi tía,
no pienso más que en ser dueña
pronto de tu lechería.
Rabio por ser «tu señora»;
por eso me ha disgustado
que me digas que el ganado
da tan mala leche ahora.
Consuélame, ¡por piedad!;
porque, según he entendido,
tu ganado está perdido
por no sé qué enfermedad.
Y, como dice un adagio,
que «todo se pega, menos
la hermosura», ¡estamos buenos
si llega hasta tí el contagio
de esa epizootia, alma mía!
Cuídate mucho, bien mío,
siquiera porque mi tía
—secundada por mi tío—
no me coma la figura
diciendo: «¡Que te aproveche!»,
mientras mi tío murmura:
«¡Jesús, y qué mala leche
debe tener el *socio*,
cuando todo el que la cata
tiene ue estirar la pata!
¡Vas hacer el gran negocio!»
Ya sabes que no he querido
casarme con el huevero
de enfrente, y que he preferido
ser esposa de un lechero,
por más que la mercancía
de él no suele estropearse,
y, en cambio, una lechería
puede muy bien arruinarse.
Dame, pues, otras noticias
mejores que las de ahora;
que anhelo ser «tu señora»
para gozar las delicias
de tu leche (entiende bien
lo que te quiero decir,
y es que rabio por servir
á tu parroquia también).
Porque me da mucha pena
ver con las que ahora te vienes.
¡El Cielo te vuelva buena
la mala leche que hoy tienes!»

Por la copia,

Carlos Miranda

LA NOVELA EN EL TRANVIA

ANDANDO, andando seguía el coche, y ya por causa del calor que allí dentro se sentía, ya porque el movimiento pausado y monótono del vehículo produce cierto mareo que degenera en sueño, lo cierto es que sentí pesados los párpados, que me incliné del costado izquierdo, apoyando el codo en un paquete de libros, y cerré los ojos.

El coche iba arrastrado por algún volátil apocalíptico, más fuerte que el hipogrifo y más atrevido que el dragón; y el rumor de las ruedas y de la fuerza motriz recordaba el zumbido de las grandes aspas de un molino de viento, ó más bien el de un abejorro del tamaño de un elefante. Volábamos por el espacio sin fin, sin llegar nunca; entretanto la tierra quedábase abajo, á muchas leguas de nuestros pies; y en la tierra, España, Madrid, el barrio de Salamanca, Cascajares, la condesa, el conde, Mudarra, el incógnito galán, todos ellos.

Pero no tardé en dormirme profundamente; y entonces el coche cesó de andar, cesó de volar, y desapareció para mí la sensación de que iba en tal coche, no quedando más que el ruido monótono y profundo de las ruedas, que no nos abandona jamás en nuestras pesadillas dentro de un tren ó en el camarote de un vapor. Me dormí. ¡Oh infortunada condesa! La ví tan clara como estoy viendo en este instante el papel en que escribo; la ví sentada junto á un velador, la mano en la mejilla, triste y meditabunda como una estatua de la melancolía. A sus pies estaba acurrucado un perrillo, que me pareció tan triste como su interesante ama.

Entonces pude examinar á mis anchas á la mujer que yo consideraba como la desventura en persona. Era de alta estatura, rubia, con grandes y expresivos ojos, nariz fina y casi, casi grande, de forma muy correcta y perfectamente engendrada por las dos curvas de sus hermosas y arqueadas cejas. Estaba peinada sin afectación, y en esto, como en su traje, se comprendía que no pensaba salir aquella noche. ¡Tremenda, mil veces tremenda noche! Yo observaba con creciente ansiedad la hermosa figura que tanto deseaba conocer, y me pareció que podía leer sus ideas en aquella noble frente donde la costumbre de la reconcentración mental había trazado unas cuantas líneas imperceptibles, que el tiempo convertiría pronto en arrugas.

De repente se abrió la puerta dando paso á un hombre. La condesa dió un grito de sorpresa y se levantó muy agitada.

—¿Qué es esto?—dijo.—¿Rafael? Usted... ¿Qué atrevimiento? ¿Como ha entrado usted aquí?

—Señora—contestó el que había entrado, joven de muy buen porte—, ¿no me esperaba usted? He recibido una carta suya...

—¡Una carta mía!—exclamó más agitada la condesa.—Yo no he escrito carta ninguna. ¿Y para qué había de escribirla?

—Señora, vea usted—repuso el joven sacando la carta y mostrándosela;—es su letra, su misma letra.

—¡Dios mío! ¡Qué infernal maquinación! —dijo la dama con desesperación.—Yo no he escrito esa carta. Es un lazo que me tienden...

—Señora, cálmese usted... Yo siento mucho...

—Sí; lo comprendo todo... Ese hombre infame... Ya sospecho cuál habrá sido su idea. Salga usted al instante...Pero ya es tarde; ya siento la voz de mi marido.

En efecto; una voz atronadora se sintió en la habitación inmediata, y al poco rato entró el conde, que fingió sorpresa de ver al galán, y después, riendo con cierta afectación, le dijo:

—¡Oh! Rafael, usted por aquí... ¡Cuánto tiempo...! Venía usted á acompañar á An-

NUESTRAS COCOTAS



PACA ROSS

tonia... Con eso nos acompañará á tomar el te.

La condesa y su esposo cambiaron una mirada siniestra. El joven, en su perplejidad, apenas acertó á devolver al conde su saludo. Vi que entraron y salieron criados; vi que trajeron un servicio de te y desaparecieron después, dejando solos á los tres personajes. Iba á pasar algo terrible.

Sentáronse: la condesa parecía difunta, el conde afectaba una hilaridad aturdida semejante á la embriaguez, y el joven callaba, contestándole sólo con monosílabos. Sirvió el te, y el conde alargó á Rafael una de las tazas, no una cualquiera, sino una determinada. La condesa miró aquella taza con tal expresión de espanto, que pareció echar en ella todo su espíritu. Bebieron en silencio, acompañando la poción con muchas variedades de las sabrosas pastas *Huntley and Palmers,* y otras menudencias propias de tal clase de cena. Después el conde volvió á reir con la desaforada y ruidosa expansión que le era peculiar aquella noche, y dijo:

—¡Cómo nos aburrimos! Usted, Rafael, no dice una palabra. Antonia, toca algo. Hace tanto tiempo que no te oímos. Mira... aquella pieza de Gorstchalk que se titula *Morte*... La tocabas admirablemente. Vamos, ponte al piano.

La condesa quiso hablar; érala imposible articular palabra. El conde la miró de tal modo, que la infeliz cedió ante la terrible expresión de sus ojos, como la paloma fascinada por el boa *constrictor*. Se levantó dirigiéndose al piano, y ya allí, el marido debió decirle algo que la aterró más, acabando de ponerla bajo su infernal dominio. Sonó el piano, heridas á la vez multitud de cuerdas, y corriendo de las graves á las agudas, las manos de la dama despertaron en un segundo los centenares de sonidos que dormían mudos en el fondo de **la caja.**

. . . . . .

Yo continuaba extasiado oyendo la música imponente y majestuosa; no podía ver el semblante de la condesa, sentada de espaldas á mí; pero me la figuraba en tal estado de aturdimiento y pavor, que llegué á pensar que el piano se tocaba solo.

El joven estaba detrás de ella, el conde á su derecha, apoyado en el piano. De vez en cuando levantaba ella la vista para mirarle; pero debía encontrar expresión muy horrenda en los ojos de su consorte, porque tornaba á bajar los suyos y seguía tocando. De repente el piano cesó de sonar y la condesa dió un grito.

En aquel instante sentí un fortísimo golpe en un hombro, me sacudí violentamente y desperté...

B. Pérez Galdós

SUEÑO

"Que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son.„
(CALDERÓN)

¿Que quieres que te cuente lo que he so-
[ñado?
Si es un sueño muy triste, ¡qué he de con-
[tarte!
¿Pero que al fin es sueño de enamorado?...
Pues escucha, mi vida, sin enfadarte:

—Soñé que te veía, roja de gozo,
abrazada á mi cuello como una loca,
rebosando tu cuerpo fiero alborozo,
y apretando tu boca contra mi boca.

Agitados los pechos como oleaje
de mar alborotada por rudo viento,
y hechas trizas las cintas de tu ropaje
que febril te quitabas sin miramiento.

Los íntimos encantos de tu belleza,
surgiendo entre cendales de blanco tono,
radiantes como el nimbo de tu cabeza
que en mi cuello apoyabas con abandono.

Los ojos entornados, dulces y bellos,
brindando, arrobadores, tierna ventura,
y los obscuros rizos de tus cabellos
cayendo de tu espalda por la blancura.

Y cuando más gozoso te acariciaba
pensando fuera eterna la dicha mía,
¡fiera como la muerte, me despertaba
con sus rayos fulgentes la luz del día!...

. . . . . .

Y aquí tienes, mi vida, lo que he soñado.
Pero ¿por qué me ocultas tu linda cara?...
¿Que es un sueño muy triste de enamora-
[do?...
¡Pues para qué quisiste que lo contara!...

Joaquín Alcaide de Zafra

MURMULLOS DE LA PLAYA

En una de las playas españolas más frecuentadas; á la hora de moda para el baño. Varios grupos. Aristócratas de ambos sexos, burgueses de ídem, bañistas sencillos, etc., etc.; muestras sin valor de hombres y mujeres que la tierra envía á orillas del mar, como el mar envía á la tierra conchas y caracoles. Se habla, se chismorrea ó se *chismea,* como dicen en América; se coquetea y se *politiquea.* Recojamos algunas *coquilles* de humanidad:

. . . . . .

—¿Cómo han venido ustedes tan tarde?

—Porque hoy no puede bañarse Emilita.

—Mi Josefinita tampoco... ¡Qué coincidencia!

. . . . . .

—Miren ustedes la francesa de anoche...

—Con uno que no es el de anoche...

. . . . . .

—Ya hemos quedado con las de Hinestrilla, con las de Rebolledo y con las de Palanca, en tomar el palco del principal... Nos tocará un lunes de cada ocho...

—Y es bastante... Siempre es la misma gente...

—Y la misma función...

. . . . . .

—¿Pero cuánto tiempo está Felisa en el agua?

—Se ha empeñado en aprender á nadar.

—¡No vaya á cometer una imprudencia!

—No; la enseña mi cuñado, que es oficial de Marina.

—Entonces no hay miedo de que se ahogue.

. . . . . .

—*Fraulein,* ya es hora de que se lleve usted á los niños. ¡Qué ayas! Tiene usted que estar en todo.

—¡Ya, ya! ¿Sabe usted el chasco que le pasó á Ramona con la suya?

—¡Calle usted! Y Ramona tan confiada, diciendo que sus hijas iban tan bien con el aya como con ella misma...

—No, y en eso puede que tuviera razón...

. . . . . .

—¿Por qué se bañarán en público las mujeres tan gruesas?

—Y los hombres tan flacos.

—¿Lo dice usted por mí?

—No. Usted no está flaco. La cara engaña...

—Pues todo es mío.

—¡Ay! No se sacuda usted, que me moja.

. . . . . .

—A Velez no le pidas. Perdió ayer en el casino tres mil pesetas delante de mí...

—Entonces le pediré al gobernador.

. . . . . .

Figúrense ustedes: cuando aquí hace este calor, cómo estarán en Madrid...

. . . . . .

Jacinto Benavente



FELIPE TRIGO

El ilustre y popular novelista erótico que acaba de regresar á España, después de haber realizado allende los mares una brillante campaña que ha dejado «en su puesto» á nuestras letras y á nuestros hombres...

PEPITO CANSECO

Pepe Canseco, muchacho cortísimo de genio y no muy largo de alcances, se había fijado en Olimpia, la viudita de enfrente de su casa, y se había enamorado de ella hasta más allá de la médula.

Como era natural, deseaba saber qué capricho de la humana coquetería era el que más agradaba á Olimpia para satisfacerlo y procurar la conquista de un corazón que aún estaba virgen de afecciones, pues la infeliz ni había conocido á sus padres, ni amó jamás á su difunto, del cual sólo conservaba recuerdos poco gratos, entre ellos el de su fealdad, pues era horroroso, aun antes de ser difunto.

No tardó mucho Canseco en enterarse de que Olimpia tenía gran afición á los perros chicos; no á las monedas de cobre, para ella despreciables, sino á los pequeños chuchos de carne y hueso. Pero Pepe, dada su timidez y la indecisión de su carácter, no sabía ni dónde comprar un perrito, ni de qué casta escogerle, ni de qué manera dársele á la vecinita en prueba de un amor que tenía mucho de amor canino, toda vez que el pretendiente era Can-seco y el recurso amoroso un perro chico.

Cierto día, mientras Pepe se hallaba devanándose los sesos para llevar á cabo su empresa con fortuna, Olimpia le escribía la siguiente carta:

«Amigo mío: Espero que hoy me acompañará usted á tomar el café como todos los jueves; pero le agradeceré que no venga solo, sino en compañía de un perrito, lo más raro posible, pues me gustan mucho esa clase de bichos y desde que falleció mi esposo no tengo al lado ningún animal. Suya afma.—*Olimpia.*»

. . . . . .

Canseco no tenía más remedio que complacer á la viuda inmediatamente.

Salió, pues, en busca de un perrito, dispuesto á dar por él todo su capital, y después de andar mucho para encontrarlo, al fin dió con un perrero famoso que tenía á la venta varios ejemplares de distintas castas.

—Mire usted, caballero—dijo á Pepe el vendedor mostrándole un perro de aguas, —este es una verdadera monería.

—Pues ése no me sirve.

—¿Por qué?

—Por el antagonismo que hay entre él y yo, puesto que él es perro de aguas y yo soy Can-seco, es decir, todo lo contrario.

—¿Y este otro?—añadió el perrero.—Se lo pondré á usted en cincuenta duros.

—Habrá que dejarle en el sitio.

—¿Le va usted á matar?

—En el sitio donde se encuentra, quiero decir; porque es carísimo.

—Vamos á ver este otro: es un ratonero precioso.

—Hombre, sí; éste me gusta más por lo raro. ¡Qué barbas! ¡Qué bigotes! ¡Qué mirada! ¡Qué aspereza!... Es un perro notable.

—Además, caballero, tiene la habilidad de morder á todo el mundo.

—Pues no diga usted más. ¿Cuánto es?

—Treinta duros... y está garantizado por un año.

—Corriente. Aquí tiene usted.

Pepe entregó al traficante en perros las ciento cincuenta pesetas y cargó con el horrible chucho.

. . . . . .

Llegó la hora del café en el domicilio de la viuda. ¡Qué bonito gabinete el de Olimpia! ¡Qué elegancia!

La caprichosa soberana de aquel edén se hallaba sentada en uno de sus muebles más lindos, risueña al par que preocupada, y repitiendo con frecuencia estas frases:

—¿Me habrá comprado Pepe el perrito? ¿Habrá acertado con mi gusto? ¿Será un *bull-dog*? ¿Será un galgo inglés? ¡Deseando estoy que me lo traiga Pepe para darle un beso en el hocico!

Todo llega en este mundo, y llegó Canseco á casa de Olimpia con su interesante carga.

Pepe llegaba, y no llegaba solo. Varios ladridos de perro-tiple delataban la proximidad de un chucho de menor cuantía.

De repente se levanta la lujosa y amplia cortina de la puerta del gabinete y aparece entre sus pliegues la figura de Pepe.

¡Tremenda decepción! Un grito estridente de Olimpia siguió á la presentación de Pepe, quien vió asombrado, al avanzar hacia su adorada, que ésta se cubría el rostro con horror y con ambas manos.

Hubo unos instantes de silencio, durante los cuales Olimpia y Canseco quedaron como petrificados. Solamente el ratonero gruñía y pataleaba entre las manos del galán.

—¡Lléveselo usted!—dijo al fin la dama, mostrando profunda indignación.—¡Que yo no le vea!

—¿Por qué, Olimpia? —preguntó Pepe temblando.

—¡Porque es su vivo retrato!... ¡Si no es él mismo, que vuelve de la tumba, por fuerza es un hijo suyo!... ¡No le quiero ver!

—¡Pero, hija, por Dios!...

—Nada, nada. ¡Es igual que mi esposo!.. ¡Sí; las mismas barbas, el mismo color... la misma caída de ojos... todo... ¡Ah, no, no! ¡Quítelo usted de mi vista para siempre jamás!...

—¿Pero cómo era posible adivinar?...Vamos, Olimpia, tranquilícese usted... Yo traeré otro en seguida. Pero bueno será que me deje usted un retrato del que se pudre para cotejar con él á los perros que vea y evitar el parecido.

—No, ya no, Pepe de mi alma. ¡Triunfaste al fin! He visto tu afán de complacerme, y eso me basta... No me traigas más perros; con que te traigas á ti mismo para no separarte nunca de mí me considero sumamente dichosa. Sí, sí; teniendo al lado un Canseco, ¿qué mejor modo de reunir en una pieza el perro y el amante?...

. . . . . .

Juan Pérez Zúñiga

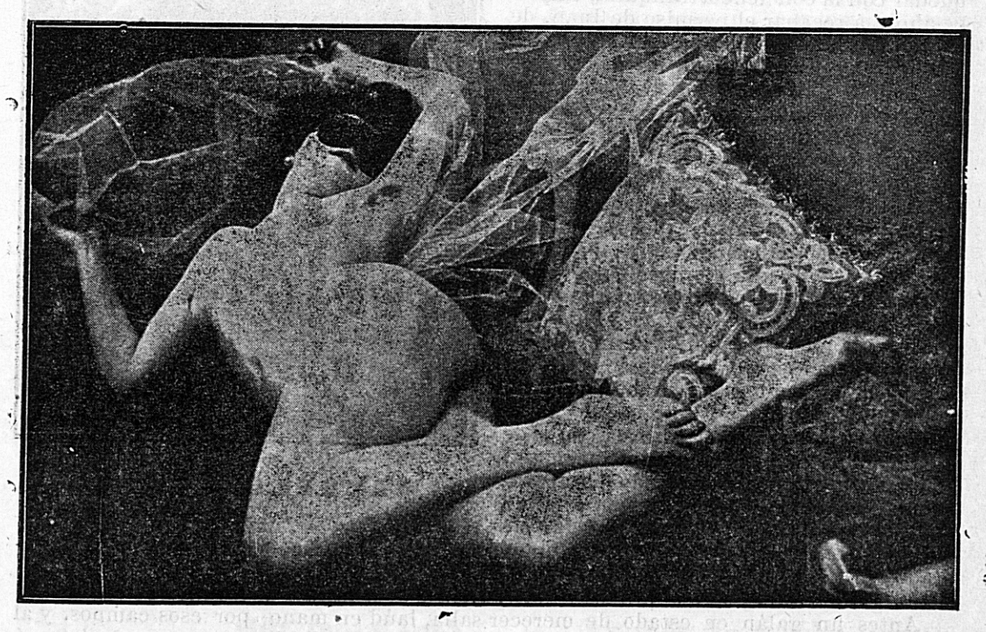
IMPRESIONES DE FELIPE TRIGO

El ilustre novelista Felipe Trigo, que acaba de regresar de América, va á comunicar á los lectores de La Hoja de Parra sus impresiones de la mujer de por allá.

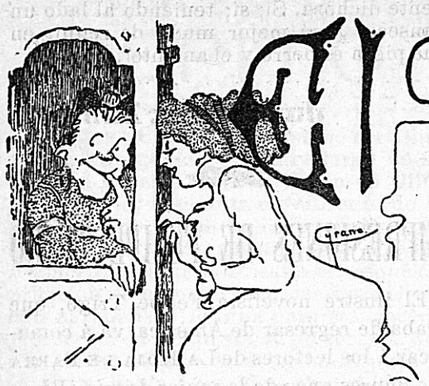
Tenemos por Trigo, artista y psicologo como no hay otro, una cierta veneración que nos veda anticipar juicio alguno sobre un trabajo que además de ser suyo, será para nosotros. Por eso no decimos ni «esta boca es nuestra». Que «digan» los lectores.

Las impresiones de Felipe Trigo irán ilustradas con fotografías.

DESNUDOS DE NUESTRAS ARTISTAS



¿...?



El confesonarjo

ANGELITA EASO

Que no, ¡ea!, que no. A mí no me hacen ustedes que escriba mis confesiones. No es mi oficio emborronar cuartillas, y tengo miedo, mucho miedo, á todos los «debuts».

Imáginense ustedes los periodistas lo que les ocurriría si para satisfacer la curiosidad de nuestro Padre el público les obligasen á vestir el traje de concierto y á cantar sobre un tablado los cuplés del «balancé». Se azorarían ¿verdad? Pues lo mismo me ocurre á mí. ¡Es mucho lo que me piden, caramba!

Además yo soy una mujer lo suficientemente discreta para, á sabiendas, no comprometer á nadie, y como lo que La Hoja de Parra quiere son relatos de amores, no puedo despegar mis labios.



ANGELITA EASO

En estas delicadas cuestiones, el secreto pertenece á dos personas. Si una de ellas le viola sin consentimiento de la otra, comete una incorrección. ¿Pretenden ustedes, acaso, que yo por complacerles y para quedar con la conciencia tranquila, empiece ahora á recabar el permiso de Juan, de Pedro, de Manolo, de Paco, etc., etc., para publicar los secretillos de sus cartas y de sus acciones? Perderíamos el tiempo como cualquier pescador de caña.

Por otra parte, lo que pudiera referirse en letras de molde casi no merece ese honor. Las osadías de Fulanito, las timideces de Zutanito y las habilidades secretas de Perenganito no dan para un artículo de periódico. Vulgaridades y nonadas. Y es que (he aquí una confesión sincera) á mí se me antoja que se fueron para no volver los amadores al estilo audaz de don Juan y el modo platónico de Abelardo. Hoy los hombres son más duchos en las artes del palique; es innegable; pero en «procedimientos» han retrocedido lastimosamente. ¿Qué caballero sería capaz de escalar por el balcón el piso de mi casa? ¿Cuál lo suficientemente osado para raptarme, llevándome en sus brazos, á la luz de la luna, por las calles de Madrid? Me parece que ninguno. El que más y el que menos diría que como hay serenos y alumbrado eléctrico, no se pueden hacer esas cosas.

La gallardía dejó desalquilados los corazones masculinos al inventarse el frac.

Antes un galán en estado de merecer salía, laúd en mano, por esos campos, y al pie del castillo donde moraban sus amores, entonaba dulcísimas trovas con letra á base de amor puro. Ahora nuestros pretendientes nos brindan como sacrificio supremo el rasgo de venir todos los días á una butaca del teatro para pedirnos que repitamos la canción del «Toribio» ó el monólogo de «La Pulga».

Los nietos de los que en otros tiempos desnudaban la tizona por su dama y cerraban contra los golillas sin miedo á nada ni á nadie, se dejan llevar á la Comisaría por la primera pareja que les sale al encuentro y en lances caballerescos nunca pasan del cambio de tarjetas...

¡Lloremos amargamente sobre la losa sepulcral de lo pretérito!

. . . . . .

. . . . . .

Ahora, ya con los ojos secos, oigan ustedes un secretillo consolador. Yo no sé cómo serían de tipo aquellos esforzados paladines de antaño; pero los muchachos de hoy me parecen irreprochables.

¿No es verdad, señoras, que un moreno agitanao que sepa vestir bien y decir á tiempo «¡tú me matas!» vale por un Tenorio? Con tanto más motivo cuanto que por las señas éste no existió más que en la mente de Zorrilla, y aquéllos, de carne y hueso, pasan á nuestro lado todos los días.

Y he aquí cómo termino confesando que prefiero un Pepito á un Don Juan. Aun cuando este Don Juan sea un senador, marqués y millonario.

¡Oh juventud, juventud, primavera de la vida!, como dijo no recuerdo qué abonado al «Salón Madrid».

Angelita Easo

SONETO

No digas que es mi amor romanticismo;
lo que yo anhelo, con pasión salvaje,
es que en tu seno virginal se cuaje
mi propio ser y mi semblante mismo.

Ha de hacer, de mi amor el fanatismo,
que al cielo suba, que al infierno baje;
ó contigo ascender á otro paraje
ó contigo rodar por el abismo.

Ya que juntos la suerte nos coloca,
no te cause temores ni sonrojos
este deseo que mi afán provoca.

Que se miren mis ojos en tus ojos,
que se bese tu boca con mi boca...
y que arrojen al mar nuestros despojos.

Gonzalo Cantó

FILOSOFIA

DE

LA DANZA DEL VIENTRE

No hay de qué nos maravillemos cuando vemos á una bailarina hacer molinetes inverosímiles y convulsivos retorcimientos. ¿Creéis que sólo livianos mozalbetes y pelanduscas de poco más ó menos, aman esa manifestación primitiva é ingenua de los instintos naturales?

Pues no es así. Severos filósofos y graves pensadores recomiendan el placer de la danza del vientre como el supremo ápice de perfección del espíritu humano.

Para nuestro filósofo arábigo-español Aben Tofail, autor de *El Autodidacto,* pensador que ejerció un influjo enorme en la cultura de la Edad Media, toda la filosofía se reducía, en fin de cuentas, á un movimiento circular, giratorio, al cabo del cual el discípulo iniciado en los secretos de las doctrinas *abentofailianas,* caía exánime, rendido, en tierra, agonizante de placer, como anticipando los goces supremos del paraíso de Mahoma...

Para Nietzsche, la danza es el ejercicio más conveniente á un filósofo, y así recomienda por boca de Zaratustra que nos pasemos el día bailando para despertar nuestras potencias intelectivas, refrescar nuestra imaginación y aguzar nuestros sentidos.

Parece mentira que ignore todo esto D. Eduardo Sanz Escartín, austero sociólogo. ¿Estará tan ayuno de cultura europea y española como de apetitos libidinosos, que haya que recordarle todo esto como á un estudiante del preparatorio de Filosofía y Letras?...

Sepan, pues, cuantos acuden á cines y salones de *varietés* con el simple y sano objeto de admirar las contorsiones de una danzarina que, cuando creen estar saciando un apetito libidinoso, están, en realidad de verdad, practicando una disciplina pedagógica. Y acaso algún día se encomiende la cátedra de Metafísica de la Universidad Central, no á mi querido amigo D. José Ortega Gasset, por ejemplo, sino á doña Josefa Sevilla, que para esa buena época ya será octogenaria y sabrá disertar muy amenamente sobre la transcendencia filosófica del molinete...

Andrés González-Blanco

SALERI

Vamos por partes. A mí me parece muy bien que nosotros, los toreros, nos reivindiquemos, que escribamos, y que un periódico transmita al público lo que pensamos y decimos. Ahora, señores, lo que me parece un poquito fuerte es esto de contar nuestras intimidades amorosas.

No por uno, claro está. Es que el que más y el que menos tiene sus responsabilidades de casado, y á poco que se descuide, una vez con la pluma en la mano, falta á ellas.

No voy, sin embargo, á ser una excepción, porque no estaría bien. Se confesaron Machaco, Vicente, Fuentes, Gaona y todos, y yo no puedo sustraerme á hacerlo también, porque, ¡qué demonio, no soy menos católico que ellos!

Me gustan las jeres morenas y muy fuertes. Las rubias endebles se me figura que no son nada; que apenas las aprieto uno un poco se van á deshacer.

Yo no he tenido muchos éxitos amorosos en mi vida. En España casi ninguno, en América alguno que otro...

Y si les digo á ustedes, además, que más que otra cosa me produjeron repulsión las mujeres que se me ofrecían, ¿qué dirán ustedes?

Yo, la verdad, no veo bien el que por muy popular y aplaudido que uno sea, venga una mujer á decirle «quiero pasar una noche con usted».

Esas mujeres no pueden gustar á ningún hombre que lo sea ¡qué demonio! Para que una mujer satisfaga de verdad es preciso que cueste trabajo poseerla. Es necesario que se haga «la difícil».

Yo que tengo algunos años de práctica lo sé. Los amores que mejor llenan son los contrariados.

Se enamora de uno una mujer y esa mujer le empieza á hacer la rueda; pues nada, sin que uno lo pueda evitar, la desprecia.

Pero es uno el enamorado, y ella, que tiene «pesquí», se hace la remolona y empieza á echarse para atrás y á decir que no, y que no... Pues hombre al agua.

Está perdido irremisiblemente, y aquella mujer hará de él lo que quiera; por ella será bueno ó malo, ó lo que la «interfecta» disponga.

...Y este, señores, es mi concepto del amor. No está demás exponerle, porque con ello evitaré á mi criado que más de cuatro veces tenga que decir que no estoy ó que no recibo...

Y como estoy con la pluma en la mano, cosa que no ocurre todos los días, y además tengo un periódico tan leído y tan apreciado como La Hoja de Parra, que va á tener la atención de publicar «mi trabajo», contestaré desde aquí á los que me escriben á diario preguntándome por qué no toreo en Madrid.

¡Y yo qué sé! Esto es todo lo que puedo decir. De Madrid soy porque en él nací, y Madrid es para mí antes que nada en el mundo; pero, señores, nadie me ha dicho nada, y yo no me he creído en el caso de ir á suplicar á nadie que me proteja.

Esto es todo.

Juan Sal
Saleri



JUAN SAL

EL SOMBRERO

Personajes: Aurora, *veinte años;* Julia, *veintidós.* Un caballero. Un dependiente.

ESCENA PRIMERA

En casa de Aurora.

Julia.—¿Se puede? *(Entrando resueltamente sin esperar contestación.)*

Aurora.—Adelante. ¡Chica, qué hermosa y qué elegante vienes!

Julia. — ¡Gracias! ¿Te gusta este sombrero? Acabo de comprármelo en casa de René. Ultima moda. Ha recibido unos cuantos preciosísimos. Sara también se ha comprado otro igual. *(Con jovial alegría.)* ¡Esta noche á lucirlos en el paseo! He venido á avisarte porque supongo que tú harás lo propio.

Aurora. — ¡Ya lo creo!

Julia.—Pues ya lo sabes. Me voy, tengo prisa. A las diez, en el paseo. A dar el golpe, chica. Vaya, ¡adiós!

(Julia se va presurosa, Aurora quédase pensativa, silenciosa triste.)

Aurora. *(Con marcado desaliento.)*—¡Un sombrero nuevo! Y es necesario comprarlo. Pero ¿cómo? No dispongo de dinero alguno. Mamá no ha cobrado todavía su pensión. No adquirirlo sería una vergüenza para mí. ¿Cómo presentarme en el paseo ante mis amigas sin él? ¡Qué no hablarían de mí!... ¡Ah, es preciso!...

ESCENA II

En la calle frente al escaparate de la tienda de modas de René.

Aurora. *(Desalentada.)*—¡Qué hacer!... Allí veo el sombrero... ¡Ah!... El mayor sacrificio, lo que sea; pero yo necesito á toda costa ese sombrero. ¡Y cuesta veinte duros!

(Aurora se para en mitad de la calle, indecisa, nerviosa, ensimismada... Un caballero cruza á la acera opuesta y se le aproxima, pasando á su lado muy despacio.)

Caballero. *(En tono galante, casi á su oído.)* —¡Tan hermosa y tan sola!...

(Aurora, sin darse cuenta de lo que le han dicho, permanece ensimismada, é inconscientemente repite):

Aurora. — ¡Y son veinte duros los que necesito!...

(El caballero desliza en su oído algunas palabras. Ella se vuelve indignada, mirándole airadamente, con desprecio. De la tienda de René sale un dependiente con una sombrerera en la mano. Entran otras señoras; después otras... Tras de ellas más chicos con encargos. Aurora recuerda su sombrero, piensa en sus amigas... y con brusco movimiento se coge del brazo del caballero, diciendo):

Aurora. — ¡Vamos adonde usted quiera! ¡Pronto!...

. . . . . .

. . . . . .



—Mi vida; me da miedo quedarme sola. ¡Déjame, siquiera, tu sable!

—Imposible, nena: pero cuenta desde ahora mismo con la vaina.

ESCENA III

En la tienda de René.—Aurora entra presurosa, agitada, descompuesta, roja como la grana.

Aurora. — ¡A ver, pronto, joven! Deme usted aquel sombrero; aprisa. Aquí tiene usted. Veinte duros.

El dependiente.—Señorita, ¡este billete es falso!...

. . . . . .

Alfredo Nan

LA PENDIENTE

ENRIQUETA, una señorita mimada, muy locuela, muy viva, se quedó sola y pobre en medio del arroyo. Sola no, porque quedaba su padre; pero era viejo y paralítico y, en vez de servirle de apoyo, le impedía andar por el mundo. Aquella cabecita rubia, acostumbrada á ideas risueñas y ligeras como revoloteos de mariposas, tenía que pensar en la vida, tenía que buscarse el pan de cada día.

Buscó una buhardilla en una calle de los barrios bajos; vendió los cuatro trastos que quedaban en casa y empezó á trabajar. ¡Trabajo penoso, torturador, infecundo!... ¡largos días sin descanso y sin pan! Aquella buhardilla tenía una ventana al aire libre, y ante ella sentía Enriqueta que su juventud iba desvaneciéndose. Las vecinas empezaron á mirarla como á una santa.

—Vive con su padre, impedido—decían; — trabaja para mantenerlo y es honrada. Merecía que le pusieran velas y un altarito en las iglesias.

Junto á la buhardilla de Enriqueta había otro cuarto más espacioso y más lindo. Entraba allí la luz del sol como en un jardín encantado y hallaba colgaduras, alfombras, muebles que aparentaban un pobrecillo lujo de similor. ¡Qué viva, qué simpática era la vecina! ¡Qué alegría tan expansiva llegaba hasta el cuarto de Enriqueta cuando sonaban sus risas ó su vóz picaresca!

Un día la entró en su casa. Tenía los ojos como arenas, largas pestañas, labios de grana, nariz respingadilla y una mata de pelo negro como la endrina, ondulante, llena de anillados reflejos; también ella tenía á su madre enferma y trabajaba para mantenerla; también dedicaba su juventud al sacrificio, pero la madre no vivía en la casa. No podía ser; había necesitado llevarla á un asilo, porque de otra manera las dos se hubieran muerto de hambre.

—¿Y en qué se ocupa usted? ¿Qué hace?

—¡Ganar la vida! ¿Qué quiere usted que haga?

Y la vecina se echó á reir con una risa alegre y contagiosa, como la risa de un chiquillo.

¡Ganar la vida! Cada vez era más difícil ganar la vida para la pobre Enriqueta. El trabajo faltaba. El padre, sumido en esa imbecilidad desgarradora que devuelve á los viejos los insaciables apetitos infantiles, pedía carne.—¡Carne! ¡Y pan! Quería comer, saciar el hambre salvaje de su estómago, que era lo único sobreviviente en aquel cuerpo arruinado, sin corazón y sin cerebro. Y Enriqueta abría sus grandes ojos azules y le decía:—Calla, espérate.—Y probaba fortuna, y buscaba trabajo en todas partes, y vendía hasta las más íntimas prendas de su madre muerta.

Al fin se acabó todo. Ni un espejo, ni una silla inútil, ni una enagua bordada con las rameadas y presuntuosas letras de los días felices. La casa estaba en cuadro, y los pasos de Enriqueta sonaban en la pobre buhardilla con la misma solemne y vacía frialdad que si resonaran en una cripta. El viejo estaba fuerte. Su lengua balbuciente hablaba y hablaba como siempre, para pedir.

En el cuarto de al lado la vecina cantaba, y el ir y venir de sus enaguas almidonadas parecía el revoloteo de una bulliciosa pajarera. Cantaba la vecina, y su voz alegre y briosa se clavaba en el alma de Enriqueta, porque ya sabía ella en qué se ocupaba aquella alondra y cómo se ganaba la vida.

Y como lo sabía, Enriqueta sentía que todo su ser se inmolaba de una extraña inquietud y oía una voz muy profunda que le decía:—«También eres tú hermosa. También tendrías con qué callar los gritos de tu padre. *¡Si tú quisieras!*

¿Quería? ¡Sí, quería! Era en verano; caía la tarde; un crepúsculo polvoriento y bochornoso caldeaba las calles. Salió con una pobre toquilla de madroños, con una faldita remendada y pardusca.

—Estoy en la calle ya—pensaba.—El viejo no me ha visto salir, pero yo no vuelvo sin traerle el pan que me pide. No tengo miedo; soy valiente. No siento nada, ni siquiera me palpita más deprisa el corazón.

Iba la pobre pálida como una muerta, contraída la boca por una sonrisa tenaz, erguido el busto joven y vigoroso, alta la cabeza, sueltos al viento los buclecillos de su dorada cabellera. Pasaban los hombres sin mirarla. Eran casi todos obreros que volvían del trabajo, luciendo la blusa blanca debajo de la chaqueta, empleadillos que iban en busca de la cena, traficantes de

los pueblos cercanos á Madrid, que viven en las posadas obscuras de la calle de Toledo y pasean desde la Puerta al Mercado sus gruesos zapatones y su chaquetón de pana... Cuando pasaba algún mocito presumido y achulado, Enriqueta bajaba los ojos y apresuraba el paso con un ligero estremecimiento. Si llegaba un burgués bien cepillado, orondo, satisfecho y la miraba con la necia curiosidad del hombre ocioso, Enriqueta sentía que su corazón dejaba de latir.

—Ahora—se decía—, ahora es cuando debo mirar y decir algo.

Y miraba, en efecto, con unos ojos llenos de vacilaciones, y abría los labios para pronunciar una palabra que no salía de ellos, é iniciaba un movimiento para detenerse en seguida, aterrada de su propio atrevimiento.

Llegó á la Puerta del Sol roja como la grana, sintiendo que su valor la abandonaba; había pasado por allí tantas veces con su vestido corto y sus trenzas sueltas cuando niña, con sus trajecitos nuevos los días solemnes, dichosa y despreocupada, envuelta en la aureola de felicidad de los días lejanos. Pasaba entre la gente haciendo unas veces esfuerzos por llamar la atención, deslizándose otras como una sombra, inundada de un sudor frío que le helaba las entrañas. Allí había muchos, muchos hombres. No tenía más que decidirse. Estaba ya resuelta, cuando sintió que su toquilla se enredaba en algo. Un señor alto, colorado y grueso se detuvo á desprender el botón de la manga que se le había enganchado. Enriqueta miró, quiso sonreir, quiso decir algo, comprendiendo que aquella era la ocasión, pero una llamarada de vergüenza le encendió el rostro. Volvió la cabeza, corrió como una loca calle arriba, cruzó Madrid sin mirar á nadie, entró en su casa y vió que la vecina estaba junto á la cabecera del lecho de su padre.

La estaba esperando, y al verla llegar excitada y pálida, con los ojos llorosos, llena de desesperación y abatimiento, se acercó á ella y le dijo:

—Te he visto salir.

Demasiado sabía ella todo lo que le había ocurrido sin que la joven hablase una palabra.

—Te he visto salir y ya veía yo que ibas á volver así.

Volvía destrozada, deshecha de cuerpo y alma. Cayó á los pies de la cama, tendió sus brazos en actitud suplicante y lloró sin consuelo. Lloró, lloró...

¡Ay!... Enriqueta ignoraba cuán difícil es para las mujeres honradas no tener vergüenza...

Luis Bello



«RATOS» DE LA CASTELLANA

CHISMES DE LA SEMANA

A las artistas doncellas.

SUPONGAMOS que este señor de que nos vamos á ocupar se llama X, y que «interviene» en un número de periódicos que se nos antoja que sea tres. Y como ya vamos en tren de hipótesis, vamos á suponer también que uno de estos periódicos se llama *A*, que otro se llama *B* y que el otro se llama *C*.

Pues bueno, este señor de los *A*, *B* y *C* es un «terrible», de cuya acción vamos á prevenir á las artistas, aun doncellas...

El señor X suele ir á los teatros, cines y «music-halls» una noche si y otra también. En todos ó casi todos tiene palco; en todos entra en el escenario.

Muy enamoradizo y algo sentimental, el señor X apenas ve anunciado que va á aparecer una artista nueva, se pone en guardia y no falta al «debut». Si la muchacha no le satisface, no «sucede» nada. Pero si le gusta, ¡por las once mil vírgenes!...

El señor X, con una impetuosidad impropia de sus años, arremete en seguida. Primero envía á la artista un ramo de flores; luego la regala un mantón de Manila; después la pide un retrato para publicarle en *A* ó en *B* ó en *C*; más tarde...

Más tarde el señor X, con las manos juntas, emocionado y suplicante, cae de rodillas ante la artista y la jura amor, y dicen que la ofrece...

¿Acepta ella? ¿No acepta? ¡Vaya usted á saberlo! Está todo tan malo...

El señor X, por este procedimiento tan «usado», según se cuenta, ha seducido á tres doncellas, y, porque tiene instintos de Don Juan, sostienen unos; porque sus riquezas son sólo de «boquilla», dicen otros, el caso es que á poco las dejó...



ELLA.—Todo mi patrimonio está ahora mismo entre tus manos.

En la actualidad el señor X anda más loco que una cabra. El hombre tenía amores y tenía casa puesta á una tiple muy linda, y cuando todo era paz y era dicha en aquel hogar, adúltero, porque el señor de los *A*, *B* y *C* está casado —¡oh corazón enamoradizo y traicionero del señor X!—, el señor X, ¡paff! va y se enamora de otra señorita, guapa ella, jovencita ella, y artista ella de un lindo teatro, chiquito y muy aristocrático. Y el «drama» está pasando ahora. La señorita... no hace ni tanto así de caso al señor de *A*, *B* y *C*, que lleva su pasión hasta el extremo de haber realizado el sacrificio de regalarla un automóvil, que ella no aceptó. La tiple abandonada, loca de celos y de rabia, afirma que el ingrato va á pagárselas. El padre de la chica, que con el «novio» de su hija dicen los mal pensados que ha perdido otras cosas, ha escrito al señor X, conminándole con tal ó cual castigo en el terreno de la violencia si no vuelve al redil. El señor X, desasosegado y confundido, no sabe qué hacer; está enamorado; tiene miedo...

Nosotros no nos atrevemos á aconsejarle. Pero si advertimos á las artistas aún doncellas que se prevengan si «alguien» las envía un ramo de flores y las pide á la noche siguiente un retrato para *A*, *B* ó *C*.

«Batatita», terrible.

«Batatita», nuestro minúsculo y obeso amigo, está sentando plaza de «terrible». Todas las tardes el joven (¡ejem! ¡ejem!) diputado penetra sigilosamente en el escenario del Teatro Nuevo, bucea un poco por entre las cajas, atisba el interior de los cuartos de las artistas por las rendijas y por las cerraduras, reparte unos pitillos entre los chicos de la tramoya é invita á cerveza con limón (chico y chica) á la ideal rubita Amalia Bergasses.

«Batatita», bajito y redondo, al lado de esa niña alta y esbelta hace un papel tan poco airoso como el que representa en el Congreso.

«Batatita», además, diciendo melosamente: «¿me quierez?; ¿zon mioz ezoz ojoz?; ¿te guztan las zopaz?», y otras «ternezaz» por el estilo debe resultar divertidísimo. Pero ¡convénzale usted á «Batatita» de que no es ni Demóstenes ni Apolo!

Nosotros tenemos debilidad por «Batatita» y estimamos en lo que vale su tan pertinaz como elocuente mutismo parlamentario. Además nos parece encantador cuando se riza bien el pelo. ¿Por qué no hemos de llamarle al buen camino cuando vemos que se descarrila? «Batatita», aleccionado sin duda por el triunvirato de «terribles» del Congreso - Ramitos, Arias de Miranda y «Pellejín» —, quiere explotar el físico á la hora misma en que piensa adquirir el primer cinturón-faja y el segundo frasco de tintura negra para el cabello. Nos parece un poco tarde. Y lo malo es que las muchachitas por él perseguidas también opinan que el cortejo está fuera de sazón. Tenemos confidencias muy estimables respecto á este particular.

«Batatita», legislador, debe emplear sus ocios en estudiar la ley del divorcio para implantarla seguidamente en España. Y cuando esta reforma aparezca en la *Gaceta*, «Batatita», casándose y descasándose con quien le acepte, realizará su sueño de Sultancete.

Si «Batatita» contribuye á esta labor social, la Patria le quedará reconocida, y nosotros encabezaremos con mil pesetas una suscripción para regalarle unos tacones Luis XV, un cinturón eléctrico y otro faja, una docena de botellas de agua vegetal de Arroyo y varias gruesas de «vigudines».

Y además le publicaremos en LA HOJA DE PARRA algún trabajito firmado.

Paquita Ross.

Procedente de París y Barcelona, donde ha permanecido varios meses, llegó ayer á Madrid nuestra linda amiga, la distinguida cocota Paquita Ross, cuyo retrato aparece en otro lugar de este número.

Paquita va ahora á San Sebastián, y en Septiembre regresará á Madrid y se establecerá entre nosotros, donde consagrará, de seguro, su hermosura, su juventud y su distinción. Que así sea.

¡Ojo con este galeno!

¿Podría saberse por qué no ha publicado la prensa diaria cierto suceso del que ha sido protagonista un joven doctor ¡hombre de gran cabeza!, pero un tanto sicaliptico, y un si es ó no es libidinoso?

Porque á nosotros no nos duelen prendas, diremos que este mico fué avisado para ver una señora casada, y por cierto hermosísima, que sufría una leve indisposición. Enterado el lujurioso galeno de la ausencia del esposo, á pesar de que se trataba de un ligero trastorno gástrico, le hizo un detenido reconocimiento de todo, absolutamente todo el cuerpo, y estando en estas manipulaciones, la señora sufrió un vahído...

...Pero para escarmiento del galeno llegó persona de la familia en el momento en que era más conveniente su aparición, y al ver «aquello» le hizo entrar en vereda, y el mata-sanos salió de la casa curado de su excitación genésica con una fuerte dosis de jarabe de fresno, administrada sabiamente en buena parte de su prodigiosa cabeza.

¡Ojo, maridos, con ese mono! ¡Cuidado, señoras casadas, con tal pajarraco!

ESPECTÁCULOS RECOMENDABLES

Como novedad no está mal el Retiro; pero protestamos de la abundancia de luz y de la profusión de guardas. ¡Un sitio tan ameno y donde podía disfrutarse del follaje sin limitación alguna!

De los demás espectáculos, tan solo el Teatro Nuevo sigue mereciendo el favor de nuestros bombos. La empresa acierta siempre en los contratos y se cuida, no sólo del repertorio de las «divettes», sino del buen palmito.

En breve se estrenará una revista titulada *¡Compañeras, al mitin!*, de la que tenemos las mejores referencias.

Soledad Ferny, cada día más guapa, sostiene el cartel con su repertorio de «couplés» que dice con una picaresca inocencia que ¡ya, ya! Viéndola se concibe la antropofagia.